



RECIBIDO EL 24 DE ENERO DE 2019 - ACEPTADO EL 27 DE ABRIL DE 2019

RESEÑA DEL LIBRO: ADECUADA GESTIÓN CIVIL Y EFECTIVA GESTIÓN GUBERNAMENTAL PARA CONSTRUIR UNA NUEVA CULTURA CITADINA

(Editorial Redipe, 2018)

Carlos Villalba Bustillo

Ex Rector de la Universidad de Cartagena

*Ex Magistrado y Presidente del Consejo
Superior de la Judicatura*

Los últimos años del siglo pasado y los primeros del presente fueron definitivos para la conformación social de una Cartagena que borró, con su densificación demográfica, los últimos vestigios de la que vivimos los hombres y mujeres de mi generación, nacidos entre los años de 1936 y 1942, conocida como la del Estado de sitio. Después de treinta años de violencia guerrillera, una contracorriente también violenta, la del paramilitarismo, surgió, ante una falta notoria de Estado en las zonas infestadas, con la finalidad de “proteger” a la población civil que sufría el estallido de los dos fuegos encontrados. Momentos hubo en que no se sabía cuál de los dos ejércitos era peor que su antagonista, por las atrocidades y crueldades que dejaban a su paso por municipios, corregimientos y veredas cuyo dominio se disputaban.

Todo el territorio conocido como Montes de María, en las jurisdicciones de Bolívar y Sucre, estuvo asolado por un frente de las Farc y por un bloque de las Autodefensas. Era apenas obvio que los campesinos presionados por unos y otros, y asesinados por unos y otros, emigraran a consecuencia del peligro que significaba vivir en tan lamentables condiciones de guerra e incertidumbre, no obstante los esfuerzos que la Infantería de Marina, la Armada Nacional y la Policía desplegaron para aminorar los desastres causados por los grupos irregulares. En el sur de Cartagena se asentaron los migrantes que huían de la barbarie y aspiraban a una vida diferente. Se habló de la ruralización de los extramuros de la ciudad. Los problemas de vivienda y servicios básicos fueron ciertamente dramáticos, como los de pobreza, delincuencia juvenil y salud.



En determinados círculos aquella situación suscitó inquietudes que merecieron estudio y soluciones. La industria, las universidades, algunas asociaciones de profesionales, organizaciones no gubernamentales y defensores de derechos humanos terciaron con el fin de prevenir que la pólvora en que se tornó el aumento de los cinturones de miseria estallara también en un perímetro urbano con una larga tradición de pacifismo e integración entre sus clases. Una de las creaciones destinadas a meterse de lleno en la exploración de alternativas posibles fue, sin duda, el grupo multidisciplinario denominado El Buen Ciudadano, de la Universidad de Cartagena. Tonifica, por tanto, el ánimo colectivo y la conciencia pública, que haya gente y organismos dispuestos a volver factor de desarrollo comunitario la educación ciudadana, manteniendo viva la fe por cambiar costumbres y comportamientos, estilos y testarudeces que distorsionan el concepto de buen gobierno.

Por lo que se lee en los capítulos del texto dedicado a la doble gestión gubernamental y civil que permita construir una nueva cultura ciudadana, y lo que se observa en sus tablas y gráficas, los autores son conscientes de que hay que utilizar mecanismos que estimulen la coherencia entre la intención de los gobiernos y las aspiraciones de los gobernados, esto es, consensos mínimos que conduzcan a mejorar la calidad de vida en medio de un relativo desorden urbano que apareció y se agravó por la falta de interacción social a raíz de la crisis que nos dejaron los conflictos y sus secuelas. En resumidas cuentas, el proyecto explicado por Lucía Álvarez y Albeiro Marrugo es una forma de soñar el futuro, pero con engranaje, investigación, enseñanza y ganas de asegurar resultados.

Lastimosamente, el escenario real, por las prácticas políticas de baja ley, incompatibles con la sensibilidad que supone un propósito tan altruista, dificulta la viabilidad del macroproyecto

formulado en términos tan concretos. De la intensidad con que aflore la voluntad política indispensable para doblegar dicha dificultad, dependerá que la función pública distrital se allane al viraje que se le plantea.

Coetáneamente con este nuevo aporte de El Buen Ciudadano, Cartagena muestra unas debilidades típicas de la desarticulación, del divorcio casi, entre lo que sería una efectiva gestión gubernamental con una paralela y complementaria gestión civil en asuntos de interés común. Son evidentes y graves las fallas en la planeación, sin la cual no será conducente enfrentar cercos críticos como los del moroso alcantarillado de aguas pluviales, la deficiente infraestructura del sector educativo, las invasiones de zonas de bajamar, los enredos del transporte urbano, en fin, la extensa lista de necesidades que multiplican las quejas de vecinos y pobladores afectados por los errores y la lenidad de las autoridades.

La dimensión de la crisis que apecha Cartagena no se presta (lejos de inventarme ahora una teoría sobre la ciudad) para el desperdicio de oportunidades, como las que ofrece el aparato descentralizado de nuestro distrito con instituciones que solo esperan acción, voluntad política, honradez y congruencia en las determinaciones oficiales con la realidad. Es hora de dejar de consolarnos con el cuento de que los indicadores económicos desmienten el pesimismo de quienes cuestionan el errático manejo de los negocios públicos. Las estadísticas serían mejores si se redujeran la corrupción y las malas mañas del clientelismo.

Sirvan las consideraciones anteriores para que pronto, sin más demoras ni dilaciones, los elementos de convicción referenciados en esta nueva publicación conmuevan las fibras de nuestros dirigentes y los fuerce a recuperar la lucidez que la Cartagena esperanzada exige de sus buenos hijos.